DRAMA EN TRES ACTOS,

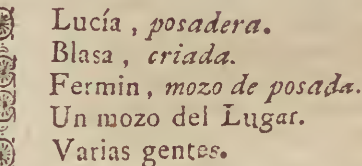
INTITULADO:

EL SORDO EN LA POSADA.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR D. F. E. C.

PERSONAS.



Don Pedro, *padre de*	Lucía, *posadera.*
Doña Juana.	Blasa, *criada.*
Don Fernando, *amante de ésta.*	Fermin, *mozo de posada.*
Doña Ines, *su hermana.*	Un mozo del Lugar.
Don Antonio. Don Gil.	Varias gentes.

La Escena es en un Pueblo junto á Granada.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala, una cocina y una alcoba con cama, á donde se va por una escalera, de modo que la alcoba forma el piso principal, y las demas piezas el bajo. La alcoba debe tener una ventana que permita al expectador ver cuanto pasa en ella.

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro y Don Gil en la sala jugando á los naypes: Lucía y Blasa en la cocina haciendo sus labores.

Ped. HOmbre, qué impaciente estás!
Gil. Pues no vé usted cuánto tardan?
Ped. Qué importa hora mas ó ménos?
Ten paciencia, que sin falta
vendrán ántes que anochezca.
Vamos: trece, veinte... carta.
Gil. Poco á poco: todavia
no me he plantado.
Ped. Mañana
puede plantarte la novia.
Gil. Conque las mugeres plantan

á sus novios? Oiga usted?
Pues yo sé una buena maña
para que no lo hagan.
Ped. Y es?
Gil. No jugar con ellas.
Ped. Brava
salida: bien se conoce
que tienes talento.
Gil. Gracias
al viage que hice á Madrid.
Ped. O, en la Corte se adelanta
mucho.
Gil. No quereis creerlo;
pero ántes de que dejára
mi tierra, era yo un jumento.
Ped. Bien se conoce que hablas
con verdad.
Gil. Mucho gané
en Madrid, pero bien cara
me ha salido la instruccion:
no hice yo la tal jornada
con mil duros; pero viendo
que al paso que adelantaba
en mi ingenio, disminuía
mi caudal, dije: caramba,
la ciencia siempre nos sobra,
y el oro puede hacer falta,
con que basta de saber.
Hagamos que el señor Vargas
me dé la mano de su hija,
y vámonos á la patria
á casarnos. Dicho y hecho,
al punto me puse en marcha,
y he llegado á este lugar.
No es cierto que es una alhaja
este país?
Ped. Por lo mismo
he comprado aquí una casa
de campo, y he convidado
á que venga á verla á Juana
y á su amiga Doña Ines.
Gil. Y no la dijisteis nada
de la boda?
Ped. No: con eso
se alegrará mas.
Gil. Qué ufana
se pondrá, luego que sepa
que ha de ser mi esposa... Es guapa?
Ped. Sí que lo es muy bonita:
ya me canso de esperarlas;
dejemos el juego, y vamos
à ver si vienen.
Gil. Me agrada
el pensamiento.
Ped. Lucía,
si vienen aquellas damas
que dije, dalas dos cuartos,
los mejores.
Luc. No hay en casa
mas cuartos desocupados.
Decidme cómo se llaman
para que no me equivoque.
Gil. Sí, bueno es.
Ped. Doña Juana
y Doña Ines.
Luc. Bien está.
Pierda usted cuidado. Blasa,
los números cuatro y cinco
han de ser para las damas
que aguardamos. Van ustedes
á paseo?
Ped. Sí: á esperarlas
vamos camino del puente.
Luc. Si está roto.
Gil. Patarata,
yo sé nadar como un pez.
Escucha Blasa, que haya
una comida excelente.
Blas. Bien está.
Gil. A duro por barba,
que yo pago, y ya tú sabes
que yo no tengo la falta
de roñoso.
Blasa. Está muy bien:
usted cumpla su palabra,
que yo sé mi obligacion.
Gil. Jesus, hasta las criadas
de esta tierra son discretas.
Ped. Vamos, es tarde. Qué maza
es mi yerno: solo siento
que ya empeñé mi palabra;
pero en fin, cómo ha de ser!
Gil. Vamos, papá. *Vanse.*
Blas. No casára

con un hombre tan aquel,
aunque me lo presentáran
en bandeja.
Luc. Y tú qué sabes?
El es tonto, pero se halla
muy rico, y para marido
vale muchísima plata
un tonto. Mira, ya sabes
que no hay en toda la casa
un cuarto desocupado,
con que así, no deis posada
sino á esas dos señoritas.

ESCENA II.

Dichas, y Don Antonio.

Ant. Es usted acaso el ama
de casa?
Luc. Para serviros:
qué se os ofrece?
Ant. Dos camas,
para mí, y para un amigo.
Luc. Señor, yo siento en el alma
que no las haya.
Ant. Habrá una.
Luc. Ni media. Tengo la casa
llena de gente, y quizás
tendré que dejar la sala
que habito, y poner en ella
algun huésped.
Ant. Si yo entrára
á ocuparla, no era justo
que usted saliera.
Luc. Qué chanzas
tan propias de un militar;
pero las decís con gracia,
y así ninguna muger
puede ofenderse.
Ant. A las damas
jamás ofende un soldado.
Defenderlas, obsequiarlas,
y adorarlas, eso sí,
tal es mi sistema, y nada
me gusta tanto como ellas.
Con que en fin, tendrémos camas
mi amigo y yo?
Luc. Y ese amigo,
es tan amigo de chanzas
como usted?
Ant. Y mucho mas.
Luc. Pues siento que desayradas
queden vuestras gracias.
Ant. Cómo?
Luc. Porque por hoy no hay posada
para usted ni para él.
Ant. Así como suena? Vaya,
que no sereis tan cruel.
Luc. O, yo soy muy inhumana
por esta noche: allí vienen
las señoras que esperaba. *Vase.*

ESCENA III.

Don Antonio solo.

Malo va esto: ya han llegado
Doña Ines y Doña Juana,
y Fernando rabiará
viendo que en esta posada
no podemos alojarnos.
Esta fatal circunstancia
frustra el lance mas gracioso
del mundo. Don Pedro Vargas
se retira de Madrid,
y aquí cerca de Granada
compra una casa de campo,
saca á su hija Doña Juana
del Colegio, y determina
que al punto se ponga en marcha
para venir à este pueblo,
solamente acompañada
de su tia. Esta señora
precisamente se halla
enferma, y en su lugar
viene con Juana, la hermana
de Don Fernando, su amante,
y que tambien es la dama
que yo adoro: fué imprudencia
de aquella señora anciana
dejar caminar dos niñas
siendo tanta la distancia
de aquí á Madrid. El amor,
que no se le escapa nada,
nos sugiere en el instante
la idea de acompañarlas
sin darnos à conocer,
y en esta última jornada
nos hemos adelantado.
Aquí era en esta posada

donde estaba prevenido
el desenlace. Mal haya
el maldito inconveniente
de hallarse toda ocupada:
ello es que por esta noche
nos quedaremos en casa
de mi tio, y ya veremos
mañana por la mañana
en qué para este negocio.
Ya parece que descargan
los cofres. O, qué equipage!
Cuando las mugeres viajan
necesitan tantos trastos!
Mas ya vienen á esta sala:
voy sin que me vean. *Vase.*

ESCENA IV.

Doña Juana, Doña Ines, Lucía y Blasa que parte luego.

Luc. Chica,
subé corriendo y acaba
de disponer esos cuartos;
y ustedes cómo se llaman?
Juan. Yo, Juana.
Ines. Yo, Ines.
Luc. Muy bien.
Las mismas que yo esperaba
son ustedes. Desde ahora
queda cerrada mi casa
para todos.
Juan. Cómo así?
Luc. Porque está toda ocupada;
y aunque con disgusto mio,
tengo que negar la entrada
á todos los que á ella lleguen.
Y ahora mismito se acaba
de ir un jóven oficial
que con la mayor instancia
me pedia alojamiento.
Ines. Si será él? *ap. á Juana.*
Juan. Fuera desgracia.

Sale Blasa.

Blasa. Señora, suba usté al cuarto.
Luc. Pues qué se ofrece?
Blasa. Que faltan
unas sillas, las cortinas.
Luc. Voy al instante á sacarlas.
Vanse.

ESCENA V.

Doña Juana y Doña Ines.

Juan. Conque piensas que Fernando
será el oficial que acaba
de irse de aquí?
Ines. O Don Antonio,
ó mi hermano.
Juan. Será extraña
su venida. Desde el punto
que nos pusimos en marcha,
nada hemos sabido de ellos.
Ines. Calla, y ten buena esperanza,
ya que, á Dios gracias, salimos
del colegio, donde ambas
nos quisimos tanto, y tanto
nos fastidiamos: no falta
sino que los dos amigos
nos busquen.
Juan. Aquesta carta
de mi padre me da tanto
que pensar.... Voy á mirarla
otra vez. » Querida hija, *Lee.*
» por fin ya compré la casa,
» y la hacienda que queria.
» Al instante ponte en marcha
» con tu amiga Doña Ines,
» puesto que mi pobre hermana
» no te puede acompañar
» por sus achaques."
Ines. No es larga.
Juan. Pero muy confusa. Luego
añade en una postdata:
» Ven sin pérdida de tiempo, *Lee.*
» porque me haces suma falta."
Ines. Y eso te da que pensar?
Juan. No sé cuál sea la causa
de tanta prisa.
Ines. Es muy fácil
adivinarlo: se halla
dueño de una buena hacienda,
y de una casa, y te llama
para dártelas, con tal
que al punto te vea casada
con mi hermano.
Juan. Con tu hermano?...
Esa es esperanza vana.
Ines. Por qué?

Juan. Si nunca le ha visto:
eran sumamente raras
las visitas que me hacia.
Ines. Siempre fue de mala gana
al colegio. Aborrecia
las ceremonias extrañas
de la casa.

Sale Blasa.

Blasa. Señoritas,
vuestros cuartos ya se hallan
adornados. Están juntos,
el cuatro y el cinco.
Ines. Basta,
que ya subiremos. Toma
tu propina.
Blasa. Muchas gracias,
yo siempre tomo con gusto
lo que dan de buena gana.
Juan. Qué muchacha tan graciosa!
Toma, amiguita.
Blasa. Y del alma.
Para tan buenas señoras
en ninguna parte faltan
amigas que las estimen,
ni ménos buenas criadas
que las sirvan con esmero. *Vase.*

ESCENA VI.

Doña Juana, Doña Ines y un Mozo.

Mozo. Quién es Doña Juana Vargas?
Juan. Yo soy.
Mozo. Pues de esa manera
para usted es esta carta.
Juan. De quién?
Mozo. Eso no se dice,
que se lee.
Juan. Pero....
Ines. Basta,
no seas niña. Trae acá,
que yo la leeré.
Juan. Y se halla
satisfecho el porte?
Mozo. A medias,
porque no me ha dado nada
quien la recibió.
Juan. Ya entiendo. *Dale dinero.*
Vais contento con la paga?
Mozo. Ojala que quede usted
tan contenta con la carta.

ESCENA VII.

Doña Juana y Doña Ines.

Ines. Muger, qué enigma será este?
„ Os encargo, hermosa Juana, *Lee.*
„ que oigais, veais y calleis,
„ teniendo firme esperanza
„ de que todo saldrá bien."
Juan. Yo no entiendo una palabra.
A ver la letra... Tampoco
la conozco.
Ines. Alguna trama
urdieron los dos amigos,
y sin duda se preparan
escenas muy agradables.
Juan. Gente viene.
Ines. En esta sala
no estamos bien. Vámonos
al cuarto miéntras que tratan
de cenar.
Juan. Sí: vámonos.
Ines. No nos dijo la muchacha
el cuatro y el cinco?
Juan. Sí.
Ines. Pues fácilmente se hallan
esos números.

ESCENA VIII.

Lucía y Blasa en la cocina: luego sale Don Fernando.

Blasa. Qué amables
señoras! voy á llevarlas
una luz. *Vase.*
Luc. Quién será este hombre,
que sin pronunciar palabra
Sale Fernando.
se nos entra de rondón?
Qué busca usted?
Fern. Muchas gracias.
No os incomodeis por mí.
Luc. Usted buscará posada?
Pero aquí....
Fern. Pronto vendrá.
Luc. Quién?
Fern. No tal,
es muy bonita la casa.
Luc. Qué dice este hombre? está loco.

ESCENA IX.

Dichos y Fermin.

Ferm. Si es sordo como una tapia.
Llega á la puerta, se apea
del caballo, y me le manda
dar un buen pienso: le digo
que no hay lugar en la cuadra
para el caballo, ni cuarto
para él, y luego salta
con que es hermoso caballo,
y que le cuide. Yo alzaba
la voz, pero ni por esas:
saca el bolsillo, y me alarga
un duro.... Qué habia de hacer?
puse el rocin en la cuadra,
y vengo á dar á usted parte
para que disponga.

Luc. Nada
puedo disponer: ya ves
que tengo toda la casa
llena de gente. El caballo,
si es que no estorba en la cuadra,
dejadle.

Ferm. El pobre animal
tiene tan buena crianza
como su amo, y se acomoda
en cualquiera parte.

Luc. Vaya, *viendo á Fern. sentado.*
que me gusta la franqueza.
Parece que está en su casa.
Qué lástima que sea sordo,
pues su presencia es gallarda;
pero en fin, ello es preciso
decirle que no hay posada.
Mire usted, yo siento mucho... *alto.*

Fern. Si señora, la mañana
estuvo mucho mas fria
que la tarde.

Luc. No está mala
la respuesta. Le hablaré
mas alto. Yo desearа
el poderos dar un cuarto.

Fern. El barranco de la entrada
del lugar? No es peligroso,
cualquier caballo le salta.

Luc. Si te saltaran siquiera
los sesos.... No hay esperanza
de que me entienda. Por fin,
no incomoda, con que vaya,
quédese ahí en la cocina,
pues que no tengo otra cama.

ESCENA X.

Dichos y Don Gil.

Gil. ¿Cómo, señora Lucía,
usted que tiene la fama
de ser tan puntual en todo,
se está con esa cachaza,
sin haber puesto la mesa,
viendo que ya están en casa
esas hermosas señoras,
y que una está destinada
para ser mi esposa?

Luc. Y cuál
es la dichosa?

Gil. No es mala
la pregunta, la mas bella.
Qué soy tonto?

Luc. Por las trazas
no se os conoce. Qué bruto!
Lo que yo extraño es que haya algun
padre que quiera casarle
con su hija.

Gil. Qué es lo que hablas
entre dientes?

Luc. Una cuenta
que á mis solas ajustaba.
Vaya, ya pueden bajar
las señoras.

Gil. Vaya, darlas
el brazo. *Vase.*

Fernando entra en la sala, se sienta á la mesa, y comienza á registrar unos papeles.

Fern. Treinta mil reales.
Esta letra es de Granada,
y es dinero en mano.... Cádiz
doscientos mil.... puede que haya
algunas dificultades
en cobrarlos; pero vaya,
yo no soy egecutivo,
ni tampoco me hacen falta
por la hora presente.

Luc. Ola!
A qué habrá entrado en la sala

este hombre?
Blasa. A registrar
sus papeles. Y cómo habla *bajo.*
de dinero! se conoce
que le tiene.
Luc. Sí: caramba
qué rico es! pero no temas
que te oiga lo que hablas,
porque es sordo como un leño.
Blas. Válgame Dios, qué desgracia,
teniendo tantos doblones!
Luc. Y cómo ha de ser!
Fern. Muchacha.
Blasa. Ay cómo grita! Si es sordo
no le respondo palabra,
pero me pondré delante
á ver qué me quiere.
Fern. Agua
para lavarme las manos.
Blasa. Esto me gusta. Quien trata
con sordos, obedecer,
y no replicarles nada.
Pero ahora es fuerza decirle
que deje en la palancana
un duro.... Eh, escuche usted.
Fern. Dices que no te dí nada?
Haces bien en recordarlo,
pues suelo tener la falta
de distraerme. Ea, toma.
Blasa. Dos duros! Así llegáran
muchos huéspedes como éste.
Luc. Te ha gustado el sordo, Blasa?
Blasa. Mas vale que sea sordo
que manco. De buena gana
le serviré.
Luc. Pero dime,
cómo ha de quedarse en casa
esta noche? Esos señores
quieren cenar solos.
Blasa. Vaya,
eso queda de mi cuenta.
Fern. Mañana por la mañana
es preciso madrugar,
con que á cenar, y á la cama;
chica.... O, qué estás aquí!
no se cena en esta casa?
Blasa. Luego, luego.
Fern. No pregunto
si tienes novio. No faltan
á las que son tan bonitas
como tú. Yo tengo ganas
de cenar.
Luc. Cuál te echa flores
el sordo!
Blasa. Pues á Dios gracias,
sin que sea vanidad,
cualquier viagero que pasa
me dice la misma cosa.
Pero las señoras bajan,
qué dirán cuando le vean?

ESCENA XI.

Dichos, Doña Juana, Doña Ines, Don Pedro y Don Gil.

Juan. Ay Dios mio!
Gil. Qué, qué pasa?
Ines. Nada.
Ped. Quién será este hombre
qne está con tanta cachaza
registrando sus papeles,
y en nosotros no repara?
Luc. Es un hombre incomprensible,
pero no sé mas. Tragarla *ap.*
como podais. *Vase á la cocina.*
Gil. Pues muy pronto
le haré yo dejar la plaza.
Ola, caballero mio!
mire usted si se levanta,
que esta no es mesa comun.
Fern. Caballerito, mil gracias,
yo no admito distinciones,
bien estoy aquí.
Gil. Quién trata
de distinciones? le digo,
que esta mesa, y esta sala
no es para usred.
Fern. Lo agradezco,
pero no lo admito. Vaya,
tomen ustedes asiento, *á las dam.*
como gusten.
Gil. Qué es lo que habla
este diablo? No le entiendo.
Blasa: Si es sordo como una tapia.
Gil. Y por qué no me lo has dicho?
fuerza es hablarle en voz alta.

Usted no puede cenar
con nosotros.
Fern. Pues á tantas
intancias ya no replico.
Me sentaré entre estas damas,
si lo permiten.
Juan. Papá,
usted á mi lado.
Gil. Es gracia:
y yo dónde me coloco?
Ines. Pero, Don Gil, si usted anda
con aquesas etiquetas
no cenaremos. Que traigan
un cubierto, y colocaos
á ese lado.
Gil. Es que ya pasa
de grosería.
Ped. Bien dice
Doña Ines, si no oye nada,
es inútil que te canses;
piensa que en esta posada
se cena en mesa redonda,
y no habrá nadie que le haga
desengañar. Pues que cene
en buen hora.
Gil. Pero.... Blasa,
un cubierto.... y justamente
ese puesto me tocaba
á mí.... Muchacha, un cubierto.
Fern. Siempre quedará grabada
en mi pecho esta fineza
que me haceis.
Gil. Si rebentáras
tú con todas tus finezas,
alma de cántaro!... Blasa.
Blasa. Qué manda usted?
Gil. Un cubierto,
No lo ves? ... Vamos, despacha.
O! él pagará su escote.
Blasa saca un cubierto y rie, Gil la remeda.
Gil. Já, já, já.... qué carcajadas
son esas?
Blasa. No he de reirme,
si un sordo como una tapia
parece que oye mejor
que usted con tener tan largas
las orejas?
Fern. Esta es
una preciosa posada;
y sobre todo, he logrado
la compañía mas grata
que pudiera desear.
Este jovencito encanta
con sus preciosos modales.
Hermosa perdiz. Madama,
recibid esta fineza.
Ines. Vaya, que el sordo es alhaja.
No es verdad, Don Gil?
Gil. Señora,
él tiene buena crianza:
mas si estuviéramos solos,
ahora mismo se tratára
de mi boda.
Ped. Y quién lo impide?
Es sordo, y no piensa en nada
sino en comer.
Gil. Y cuál come?
que mal provecho le haga:
bien puede pagar por dos.
Juan. Pero, Papá, usted habla
y no cena.
Ped. Me divierto
mirando las buenas ganas
que tiene el sordo: y con qué ojos
os mira! No: las muchachas
no le disgustan.
Ines. Y quién
las aborrece?
Gil. Caramba,
que hace muy buen convidado!
porque come, bebe y calla,
y no oye.
Ines. Mejor, con eso
no dirá necias palabras,
como suele suceder
á los sugetos que hablan,
creyendo que sordos son
los que hay delante.
Fern. Usted habla
con mucha razon, señora.
En esta tierra no acaba
la primavera jamás.
Gil. Buena salida: se trata

de pepinos, y responde
berengenas.

Ines. Veces varias
suele suceder lo mismo,
sin que sean sordos los que hablan.
Vaya, voy á entretenerme
hablándole.

Juan. Es cosa extraña
divertirnos á su costa,
ya que tiene la desgracia
de ser sordo.

Ped. Dices bien,
dejarle en paz.

Ines. Vaya, vaya,
es gravísimo pecado
gastar con él una chanza?

Gil. Cáspita con el sordito!
miren con qué linda gracia
me atrapó el mejor bocado.
Parece que tiene clara
la vista para quitarme
de la mano las tajadas.

Ped. Toma otra, pues hay de sobra.

Ines. Miren qué ruido se arma
por un alon. Ahora voy,
y veremos si se entabla
la conversacion. Decidme,
vuestra sordera es causada
por alguna enfermedad?

Fern. No he venido á una cobranza,
sino á un asunto mas serio.

Ines. Le podreis decir?

Fern. Oir? Nada.
No me voy sin que consiga
mi deseo: aquí se halla
un tio que Dios me dió.
Tiene una hija, y la trata
de casar con un idiota.
La pobre muchacha clama,
y con razon, pues el novio
es detestable. Mañana
arreglaré yo el asunto,
y sin duda hallaré traza
para salvar á mi prima,
porque es la mayor desgracia
el casarla con un hombre
que aborrece.

Gil. Ahora sí que habla
en razon. No es verdá usted?
Que vivan los que se casan,
siendo iguales en un todo,
cual nosotros verbi gracia.

Todos se rien.

Ped. Dices bien.

Fern. No hay que reirse:
mi prima es muy agraciada,
y el pretendiente es un necio;
pero si él no se separa
de la pretension, le corto
las orejas: no faltaba
mas sino que consintiese
el que así la violentáran
su inclinacion. Ella quiere
á otro, cuyas circunstancias
le hacen digno de su mano;
y la lograra.

Gil miéntras él ha hablado le ha estado oyendo con un vaso en la mano.

Gil. Caramba,
y qué furioso es el sordo!
Cuerno!

Fern. Buen provecho: y vaya
por la vuestra. *brinda con él.*

Ped. Bien será
nos retiremos, pues Juana
querrá descansar del viage.

Fern. Gracias á Dios no pensaba
haber cenado tan bien
como he cenado.

Gil. Las gracias
deben ser á tu descaro,
y á tu sordera. Ven, Blasa.

Blasa. Mande usted.

Gil. Trae un papel.

Blasa. Voy volando.

Gil. A ver si pagas
lo que has engullido, sordo
de los diablos?

Fern. Ahora falta
satisfacer el escote:
conque á diez reales por barba?
ahí está mi medio duro.

Le tira sobre la mesa.

Luego daré á la muchacha

su propina.

Gil Medio duro!
Hombre, mire usted lo que habla.
Le enseña un duro.
Si es á duro por cabeza.
Lo oye usted?

Ped. Por qué te cansas?
si es sordo.

Fern. O, caballerito!
con que en seguida de tantas
finezas, quereis tambien
el que yo no pague nada
por la cena? Sea en buen hora;
mas si no estuviese clara
la buena intencion, quizás
á de ayre lo juzgára.

Gil. Quién diablos quiere pagar
por él? Eso no, caramba,
pagrá lo que ha cenado,
ó habrá una y buena.

ESCENA XII.

Dichos, Blasa, y despues Lucía.

Blasa. Mi ama
viene ya á ajustar la cuenta.

Gil. Muy bien. Lucía, se trata
de hacer pagar á este sordo
su parte. La cosa es clara:
no es á duro por cada uno?
Blasa va á quitar la mesa.
No, chica, no quites nada,
que servirá para luego.

Blasa. Qué ruin!

Luc. Esa es la contrata;
á duro son cinco duros.

Gil. Justos. Pero este canalla
de sordo no quiere dar
sino diez reales; y anda,
que ha engullido como cuatro.

Ped. En qué parará esta danza!

Fern. Patrona, este caballero
despues de honrarme con varias
finezas, quiere tambien
pagar mi parte. Es extraña
tanta atencion, y en verdad
que me mortifica.

Gil. Vaya,
este hombre me vuelve loco;
señor, si aquí nadie habla
de pagar.

Juan. A qué es cansarse,
si no entiende una palabra?
Vaya, que estais muy pesado.

Ines. Escribídselo.

Ped. No es mala
la idea.

Gil. Y sabrá leer?

Ines. No ha de saber.

Juan. Ahora falta
que vos sepais escribir.

Gil. Yo! No que no: las muchachas
del pueblo pueden decirlo.
Para poner una carta
de amores me pinto solo.
Ah! sí, que se me olvidaba;
lleva á mi cuarto un tintero,
porque ántes de irme á la cama
escribiré á mis amigos,
diciéndoles la llegada
de mi muger.

Ines. Qué animal!

Ped. Es tonto, no es verdad, Juana?

Fern. Pues supuesto que no hay forma
de dejarme pagar nada,
guárdate ese medio duro, *á Blas.*
que yo en tales circunstancias
sé tambien ser generoso.

Gil. Lea usted.

Fern. Teneis la gracia
de ser poeta tambien?
Vaya, yo leeré á estas damas
vuestros versos... Señor Sordo, *lee.*
dice... Ay qué cosa tan extraña!
Señor Sordo, es esto á mí?

Gil. Esto es gracioso! se pasma
de que yo le llame sordo,
y no oirá una descarga
de artillería.

Fern. Así es,
en la postrera campaña
me dejó la artillería
algo sordo; mas no es nada;
me parece he respondido
como conviene á las varias
preguntas que se me han hecho.

Ines. Sí señor, la cosa es clara.
Fern. Y fuera de eso, ese modo
de comenzar una carta
es muy raro. Por egemplo,
si yo de escribir tratára
á un hombre que fuese tonto,
y mi papel comenzára
diciéndole: Señor Tonto,
ninguno hay que lo aprobára;
y usted que me ha dado muestras
de tener buena crianza....
Lo extraño.... pero veamos.
Lee. » Señor Sordo... Vaya en gracia.
„Sepa usted que no ha cenado
„en mesa comun, y cada
„cubierto son veinte reales."
Pues bien: y por qué no hablaba
usted ?
Gil. Si el hablar contigo
es hablar con una estátua.
Fern. Quién os enseñó á escribir ?
Gil. Eso no os importa nada.
Pague usted, y se acabó.
Fern. Vean ustedes, madamas,
qué estilo tan agraciado
tiene este hombre, qué palabras
tan escogidas; y en fin,
son veinte reales? Pues anda,
guarda los diez que te dí.
Blasa. Lo haré de muy buena gana.
Fern. Sí, te los doy.
Blasa. Ciertas veces
parece que oye.
Luc. Palabras
sueltas, pero nada mas.
Fern. Patrona, aunque en las posadas
es costumbre general
el pagar por la mañana,
yo quiero hacerlo esta noche;
y espero que tambien lo haga
el señor. Ahí está un duro.
Pague quien le diere gana,
que yo por mí nada debo.
Gil. Ola, ola, cómo paga!
ahora ya somos amigos.
Conque tú pillaste, Blasa,
el medio durillo, hé?
Blasa. Sí señor, porque á Dios gracias,
no son todos como usted.
Afloje sobre la marcha
la mosca, y vamos de aquí,
que todos tenemos gana
de recogernos.
Ped. Bien dices.
Yo pagaré si no pagas.
Gil. Y qué nos vamos del mundo ?
Mañana por la mañana
se pagará todo junto.
Ahora vamos á la cama.
Y fuera de eso ha cobrado
bastante, y verémos.
Ines. Vaya,
usted hizo que pagase
este jóven, y ahora trata
de no pagar ? O imitadle,
ó pagamos.
Gil. O, qué instancias
tan vivas! Toma, Lucía,
uno, dos, tres, cuatro, bastan. *dán-*
Luc. Sí señor, cabal está. *(dola dinero.*
Gil. Lo celebro mucho. Blasa,
ves á disponer mi cuarto.
Blasa. Allá voy.
Luc. Y ustedes vayan
á recogerse si gustan;
al lado de cada cama
teneis una campanilla,
llamad, y sobre la marcha
irá Blasa á lo que ocurra.
Señores, hasta mañana. *Vase.*
Ped. Agur. Vámonos tambien.
No das el brazo á estas damas
para subir la escalera ?
Gil. No señor, porque aun me falta
Sentado á la mesa.
cenar, echaré dos tragos,
y luego voy á la cama;
ea, pasad buena noche.
Juan. Jesus, qué mala crianza
tiene Don Gil!
Ped. Ya te entiendo;
pero ya tengo empeñada
mi palabra.
Juan. Conque en fin....

Ped. Ven, y hablarémos. *Vanse.*
Gil. Que vaya
á la salud de mi novia,
y de mi suegro.
Fernando ve pasar á Blasa, que con un calentador sube al cuarto donde está la cama, y se va tras ella. Siguiendo toda la escena él allá arriba.
Fern. Te cansas
en vano. Si hace calor.
Blasa. No señor, no es esta cama
para usted.
Fern. Yo te lo estimo;
pero hija, ese calor daña
al calor vital.
Blasa. Qué dice
de calor vital? *Fern.* Qué guapa
muchacha, y cómo me sirve!
No saldré de la posada
sin mostrarme agradecido.
Blasa. Lo creo.... Ahora falta
saber qué tengo de hacer;
si él se envoca en esta cama
de rondon, como en la mesa,
es una chanza pesada.
Lo mejor es avisar
á Don Gil, y pues se alaba
de agudo, vamos á ver
cómo del cuarto le saca. *baja del*
Fern. Te vas? pues con Dios: *(cuarto.*
seguramente que habla
con mucho agrado á las gentes.
Ea, ya estoy en mi casa:
cierro la puerta con llave, *lo hace.*
pues sino está mal guardada.
Blasa. Señor Don Gil, sepa ústed
que miéntras tanto que trata
de apurar lo que ha sobrado,
el Señor Sordo se encaja
en su cuarto, y á esta hora
quizás tambien en su cama.
Gil. En mi cama? Qué demonio!
hay sordo de peor casta?
Deja, deja; ya verás
cómo al punto desampara
el cuarto. Ola, Señor Sordo,
ese cuarto y esa cama
es para mí.
Dirá esto junto á la puerta del
Fern. Qué tranquila *(cuarto.*
está toda la posada!
No se oye ni un cascabel.
De este modo se descansa
perfectamente. *Gil.* Qué dice?
Blasa. Se estará echando en la cama
con gran descanso, y pondera
el silencio de la casa.
Gil. Se habrá visto cosa igual?
Cuenta que de una patada
he de derribar la puerta. *da golpes.*
Blasa. Por Dios, no ve usted que arma
un ruido de los demontres
y ya están todos en casa
recogidos? *Gil.* Que dispierten,
ó que rabien. Esta sala
es mia, pues la he pagado.
Sordo, arriba.
Fern. Segun trazas,
el viento mueve esta puerta.
Yo procuraré atrancarla
arrimando este almatoste.
Arrima la mesa.
Blasa. Mire usted que llamo al ama,
si no deja usted la puerta
al instante. *Gil.* Ves, y llama
aunque sea al mismo diablo.
Yo quiero mi cuarto.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Pedro, Doña Juana, Doña Ines, y otras gentes.
Ped. Vaya,
qué ruido es este? qué hay?
Gil. Qué ha de haber, que este canalla
de Sordo se ha apoderado
de mi cuarto, y de mi cama,
y no hay forma de dejarle.
Pero yo le haré que salga,
ó le tomo por asalto:
bien puedo no dormir nada,
pero he de sitiarle el cuarto.
Ped. Sitiarle es cosa excusada.
Pues no ves que es militar,
y que podrá con ventaja

sufrir el sitio? *Ines.* Y quizás
obligaros con las armas,
y levantarle. *Gil.* No importa.
Luc. A mí sí: tengo la casa
llena de gente, y querrán
descansar para mañana
madrugar. Jesus, qué hombre
es usted! si no repara
en lo que le digo, haré
que venga el Alcalde. *Gil.* Anda,
y llama. Cualquiera juez
dirá que es mia esta sala.
La he pagado, ó no?
Luc. Si es eso,
os volveré vuestra paga,
y estamos en paz. *Gil.* No quiero.
Yo solo pido mi cama,
porque deseo dormir
como es razon. *Luc.* Mira, Blasa,
ves y llámate á los mozos,
y verás qué pronto calla
este hombre inconsiderado.
Fern. Válgame Dios qué desgracia
es la mia! *Ines.* Ay, escuchemos.
Fern. Aquella fatal descarga
de setenta y tres cañones
me dejó algo sordo. Y vaya,
que de dia no es tan malo.
Si pierdo algunas palabras,
solo por el movimiento
de los labios, sé lo que hablan,
y como respondo acorde
apénas notan mi falta.
Gil. Tiene razon. *Luc.* Calle usted.
Fern. Pues en efecto, es desgracia
estar sordo, y mucho mas
estando en una posada
donde no conozco á nadie.
Por fortuna en esta casa
parecen muy buenas gentes
todos, hasta la criada,
y luego aquellos señores.
Sin embargo, aquí se hallan
otros muchos pasageros,
y nadie sabe sus mañas.
Las puertas son tan endebles,
que se abren de una patada,
y como llevo conmigo,
en letras, en oro y plata,
mas de quinientos mil reales,
fuera una chanza pesada
que me asaltasen durmiendo;
si yo me meto en la cama
no haya miedo me dispierte
aunque todo el cielo caiga
sobre mí. Pues velaré,
de cualquier modo se pasa
una noche. Aquí hay tintero,
y yo tengo varias cartas
que escribir; pues voy á hacerlo
miéntras los otros descansan.
Siéntome junto á la puerta,
y así resguardo la entrada.
Saco mi par de pistolas,
cada una tiene una bala,
y tres postas.
Gil. Para el diablo *se baja.*
que á la puerta se llegára!
Fern. Dudo que me falte un tiro,
no ha de ser tal la desgracia
que falten las dos: y entónces
tengo mi sable. *Ped.* No asaltas
el cuarto? *Gil.* No pienso en eso.
El Sordo no gasta chanzas,
y lo hará como lo dice.
Blasa. Jesus! me tiene asustada
solo el oirlo. *Gil.* Conque vamos,
dónde duermo yo?
Luc. En la sala
sobre un sitial: en el poyo
de la cocina... *Gil.* Qué camas
tan blanditas y mullidas!
Mira, no podias, Blasa,
prestarme la tuya? *Blasa.* Yo?
para que despues soñára
con usted?
Gil. Pues mira, chica,
no eres la primer muchacha
que sueña conmigo. En fin,
pues no hay remedio, en la sala
me quedaré, y con las sillas
nos compondremos. Mal haya
una y mil veces el sordo! (*tes.*
Blasa va á quitar la mesa como án-

No, chica, no quites nada,
porque puede que dispierte,
y quizás me dará gana
de tomar algun bocado.
Esto está pagado y....
Ines. Vaya,
que no he visto hombre mas ruin.
Ped. Pues que te convienes, marcha,
y componte como puedas.
Vamos, hija. Hasta mañana.
Luc. Vayan ustedes con Dios;
cierra bien la puerta, Blasa,
y vámonos á acostar.
Qué, Don Gil! Nunca pensára
que fuese tan bruto! *Vase.*
Fern. Ya
parece que está la casa
en silencio, conque así
escribamos cuatro cartas.
Acabado el acto, Don Gil entretiene un rato la escena disponiendo su cama con los trastos que halla en la sala.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucía y Blasa.

Luc. Blasa, dónde está Don Gil?
Blasa. Yo no sé.
Luc. Se ha levantado
nuestro sordo? *Blasa.* Sí señora,
por cierto que me ha mandado
una cosa muy extraña.
Luc. Y cuál es?
Blasa. Que de contado
le prepare un buen almuerzo
para él, y los que cenaron
con él anoche. *Luc.* Ya sabes
que es garboso: no lo extraño.
Blasa. Es que dijo que el almuerzo
habia de ser contando
à cien reales por cabeza.
Luc. Tú te habrás equivocado.
Blasa. Ya le advertí que era mucho,
pero como siempre en vano
se le habla, sufrió mis gritos,
y me respondió sacando
el bolsillo. *Luc.* En efecto,
te ha pagado adelantado.
Eso ya es muy diferente,
y es preciso que acudamos
á servirle. Yo me voy
á la plaza, y entretanto
puedes disponer las cosas,
barrer, y limpiar los cuartos.
Blasa. No me faltará que hacer.
Válgame Dios, y qué guapo
es el sordo! *Luc.* Si viniesen
muchos huéspedes tan francos
como él lo es, algo mas
valiera mi casa. *Blasa.* Es claro,
y pronto juntára yo
mi dote. *Luc.* Ves despachando
miéntras vuelvo. *Vase.*
Blasa. Bien está.
Voy à ver si han dispertado
las señoras... O, ellas vienen!

ESCENA II.

Blasa, Doña Juana, y Doña Ines.

Blasa. Buenos dias: se ha pasado
bien la noche?
Juan. Grandemente.
Blasa. Puedo ir à barrer los cuartos?
Ines. El mio cuando tú quieras.
Juana. Mi padre está descansando,
con que no llegues al mio.
Blasa. Bien está. *Vase.*

ESCENA III.

Dichas, ménos Blasa.

Ines. Solas quedamos.
Dime, Juana, qué tristeza
es la que en tu rostro hallo?
qué tienes? Sigue tu padre
el capricho extraordinario
de casarte con un hombre
tan indigno de tu mano,
como lo es el tal Don Gil?

Juan. Sabe que lo es. Sin embargo,
dió la palabra. *Ines.* Hizo mal.
Juan. No le culpes, fué engañado
por los informes que tuvo
de Don Gil. Si le pintáron
como un jóven apreciable,
dueño de un buen mayorazgo,
y capaz de hacer feliz
á su esposa. Este retrato
lisongeó tanto á mi padre,
que proyectó de contado
nuestra boda. Por desgracia,
afianzó aquel contrato
con un cláusula.... en fin,
únicamente esperamos
el que Don Gil, conociendo
que yo le daré mi mano,
mas nunca mi corazon,
quiera ceder. *Ines.* Es en vano
que tengas esa esperanza.
Los necios son porfiados
y caprichosos... mas calla
que él viene aquí.
Juan. Pues huyamos
de su presencia. *Ines.* Bien dices,
subámonos á mí cuarto. *Vanse.*

ESCENA IV.

Don Gil, y luego Fermin.

Gil. Vaya, cómo huye de verme
mi novia! Estaban hablando
ella y su amiga, y al punto
que me viéron, se han marchado.
Conozco que no me quiere,
pero en estando casados,
ella me querrá por fuerza.

Sale Fermin.

Ferm. Señor D. Gil me han mandado
dar á usted un recadito,
y á la verdad me he excusado
cuanto pude. *Gil.* Por qué causa?
Ferm. Porque estos son unos casos
tan aquel... y en fin, cada uno
hace de su capa un sayo,
como dijo el otro. *Gil.* Bruto,
déjate por Dios de adagios,
y dí qué recado es ese.
Ferm. Si os vais á enfadar.
Gil. Me enfado
mucho mas si no lo dices.
Ferm. Pues usted se empeña, vamos,
lo diré: ello no es gustoso,
pero tanto me han rogado....
Gil. Hombre, lo dices, ó no?
Ferm. Ahora voy á eso. Ahí ha estado....

ESCENA V.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Caballero, feliz dia;
supongo habreis descansado
esta noche. *Gil.* Sí, en la cama
que me dejaste. *Fern.* No marcho
de este pueblo hasta que logre
lo que os dije. *Gil.* Qué pelmazo!
Fern. Vaya, con vuestra licencia
voy á calentarme un rato.
Ferm. Y yo suspendo mi cuento
hasta luego; y es lo malo,
que el asunto corre prisa.
Gil. Pues quién te quita, naranjo,
que sigas? *Ferm.* Como ha venido
ese señor. *Gil.* No hay cuidado,
habla sin reserva alguna,
como si solo los bancos
nos oyesen. *Ferm.* De ese modo,
allá va. Digo que ha estado
apénas amaneció,
la criada del hidalgo. *Gil.* De quién?
Ferm. De aquel Don Patricio.
Gil. Y qué dijo?
Ferm. Ha preguntado:
dime, Fermin, es verdad
que ántes de ayer ha llegado
á esta posada Don Gil?
Yo al instante, maliciando
alguna cosa, la dije:
Señora, si os engañaron?
Desde que estuvo en el pueblo
á las vendimias, no hay rastro
de su persona. Ella entónces
me dijo: tú eres tan malo
como Don Gil; pero mira,
á mi señorita ha dado
palabra y mano de esposo,
y por mas que se ha ocultado
de nosotras, ha sabido

mi señorita el contrato
que tiene con un señor,
que es el mismo que ha comprado
la hacienda de Don Ventura,
(que esté en gloria.) Yo, mirando
que daba señas tan claras...

Gil. Qué hicistes?

Ferm. Canté de plano,
y la dije que es verdad,
y que ibais á casaros
con esa Doña Juanita.

Gil. Pues, amigo, lo has echado
á perder. *Ferm.* Por qué motivo?
Señor, si somos cristianos,
lo primero es lo primero.
Dejad que se lleve el diablo
lo que sea suyo; y en fin,
como dijo el otro... *Gil.* Vamos,
qué quieres decir con eso?

Ferm. Que si teneis ya tratado
matrimonio con la otra,
estais sin duda obligado
á cumplirlo. *Gil.* No hay tal cosa.
No niego que hemos hablado
varias noches por la reja;
pero ella ya se ha olvidado
de mí. *Ferm.* Con perdon de usted,
no lo creo. Me ha contado
la criada todo el cuento.
Y sé que sobre ese trato
os escribió varias veces,
y que siempre se ha firmado
poniendo: tu amante esposa,
Doña Clara de Avendaño.
A ver si digo verdad?

Gil. Hombre, ya te han informado
tan por menor, que es preciso
confesártelo. Yo guardo
en mi cartera esas cartas
que dices, mas no hago caso
de ellas. *Ferm.* Pues haceis muy mal.
Yo soy un pobre criado,
y si diera una palabra
como esa..... pues pocos daños
se pueden originar,
si conseguís el casaros
con una, teniendo otra.

Gil. Estos son puntos muy árduos
para tí. Mira, Fermin,
lo que has de hacer es callarlo,
que yo te regalaré.

Ferm. Guárdese usted su regalo,
que yo no le necesito.

Gil. Con que quieres publicarlo,
y perderme? *Ferm.* No señor,
en eso, ni entro ni salgo.
Cada uno su alma en su palma,
como dijo el otro. Al cabo,
quien mal anda mal acaba.

Gil. Malditos sean tus adagios.
Márchate, que viene Blasa,
y mira... *Ferm.* Perder cuidado.
Vaya, que seguramente
se portan bien los hidalgos. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Gil, Don Fernando y Blasa.

Blasa. Ola, qué ya estais de vuelta?

Gil. Aunque tú no has preparado
el almuerzo... *Blasa.* Que si quieres;
jamás habreis almorzado
tan bien como almorzareis.

Gil. Pues hay algo extraordinario?

Blasa. Como que es á cinco duros
por barba. *Gil.* Te estás chanceando?
Oyes, lo paga mi suegro?

Blasa. El sordo es quien ha mandado
disponerlo. *Gil.* Lindamente.
Bien dicen, entre lo malo
lo ménos malo. Así es éste.
Mas vale se haya quedado
sordo que mudo.

ESCENA VII.

Dichos, y Don Pedro: miéntras esta escena Blasa entra y sale varias veces.

Ped. Me alegro
que estés en casa. *Gil.* Aguardando
á que almorzemos para ir
á vuestra casa de campo
con mi novia. *Ped.* Con tu novia!
Hombre, la franqueza alabo.
En eso hay mucho que hablar.

Gil. Con que anulais el contrato
que hay entre vos y mi primo?

Vaya, que obrais como sabio.
Ped. Escúchame. Blasa, mira,
puedes ir barriendo el cuarto
miéntras hablamos nosotros.
Blasa. Bien está. *Vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Blasa.

Ped. Gil, he pensado
con madurez. No te niego
que ya mi palabra he dado
á tu tio; y que ademas
aquel préstamo malvado
me insta á cumplirla. Con todo,
si reflexionas un rato
mi propuesta, advertirás
que yo solo voy buscando
tu bien. *Gil.* Pero acabe usted,
caso con Juana, ó no caso?
Ped. Ese es el punto. Mi hija
te dará hoy mismo la mano,
si en ello me empeño yo.
Pero qué has de hacer casado
con muger que no te ama?
Es un yugo muy pesado
el yugo del matrimonio,
aun para los que han logrado
casarse despues de amarse.
Mira cuál será el estado
de aquellos que no se aman.
Solamente un insensato
puede arrostrar los peligros
que hay en semejantes lazos,
cuando son violentos. *Gil.* Ola,
parece habeis dispertado
muy filósofo? *Ped.* Te admiras?
Gil. Muchísimo. *Ped.* Sin embargo,
toda mi filosofía
es la misma que has mostrado
anoche en la mesa. Allí
dijo el Oficial, que lazos
que no dictaba el amor,
siempre han sido desgraciados;
y tú contestaste: vivan
los matrimonios formados
entre iguales. *Gil.* Sí señor;
y yo soy pintiparado
para Juana. Ella es bonita,
yo no soy muy mal muchacho,
ella es viva, yo soy vivo,
ella.... *Ped.* Dejemos á un lado
la hermosura. Aunque tú fueras
el mismísimo retrato
del amor, nada importaba
si ella te aborrece. *Gil.* Estamos:
eso queria saber,
pues no hablemos mas del caso.
Pagareis los cien mil reales
que debeis, y yo me aparto
de la pretension. *Ped.* Ya ves
que es imposible. No me hallo
con aquesa cantidad.
Gil. Pues, señor, nuestro contrato
ha sido que casaria
con vuestra hija, y que dado
que hubiese obstáculo alguno
por vos, luego de contado
pagariais esa deuda;
pero que si por mi lado
resultaba inconveniente,
la perdía el tio. *Ped.* Es claro.
Como tratamos la boda
sin conoceros, pensamos
afianzar de este modo
el pacto. *Gil.* Muy bien pensado,
pues vengan los cien mil reales.

Vase Fernando.

Gracias á Dios que has marchado,
sordo de dos mil demonios!
Ped. Qué te estorbaba, si al cabo
es como un leño?
Gil. Con todo,
nos echaba unos ojazos!....
Vaya, yo le tengo miedo.
Pues volviendo á lo que hablamos,
ó vengan los cien mil reales,
ó me da hoy mismo la mano
vuestra hija. *Ped.* Conque en fin,
te expones.. .
Gil. No me hagais cargos.
Esta es mi resolucion.
Todavía el Escribano
no habrá salido de casa.
Voy á buscarle, y firmamos
el contrato de la boda,

ó en el instante reclamo
la deuda, sin admitir
mas dilaciones, ni plazos.
Esta es la órden de mi tio.
Ped. Repara que....
Gil. No reparo;
ó Juana, ó los cien mil reales.
Miéntras viene el Escribano
pensad lo que os tiene cuenta. *Vas.*

ESCENA IX.

Don Pedro solo.

Válgame Dios; yo me hallo
en un apuro terrible!
Si Juanita da la mano
á este necio, para siempre
será infeliz! Si me aparto
de lo que firmado tengo,
me arruino! Yo habia comprado
una hacienda en este pueblo,
únicamente fiado
en que Don Gil era el mismo
que me habian retratado.
Gasté así lo que tenia,
y algo mas que me prestaron
mis amigos; vengo aquí,
conozco cuán mentecato
es el que elgí por yerno;
y ya me encuentro obligado,
ó á sacrificar á mi hija,
ó á cumplir lo que he pactado
con el tio de este necio:
qué resolveré en tal caso?

ESCENA X.

Don Pedro, Doña Juana, y Doña Ines.

Juan. Padre....
Ped. Vienes á buen tiempo:
no ignoras cuánto te amo,
y que deseára verte
muy feliz. Pero me hallo
en un conflicto. Hija mia,
Don Gil insta á que cumplamos
lo prometido, y ahora
fué á buscar al Escribano,
con que mira qué has de hacer?
Contempla que está en tu mano
mi felicidad.... á Dios. *Vase.*

ESCENA XI.

Doña Juana y Doña Ines.

Juan. Amiga mia, ya estamos
en el lance tan temido:
qué me aconsejas? *Ines.* El plazo
es tan corto.... pero en fin,
el ingenio de mi hermano,
y su presencia... *Juan.* No, amiga,
me lisonjeas en vano.
Supongo por un momento
el que consiga Fernando,
ó por astucia ó por fuerza,
el que yo le dé la mano:
que se consigue con eso?
Mi padre queda arruinado,
pues como yo soy la causa
de no cumplir el contrato,
le obligarán á pagar.
Si no es mi esposo tu hermano,
voy á ser toda mi vida
harto desdichada, al lado
de un hombre como Don Gil.
Ines. El apuro es bien extraño.
A cualquier parte que inclines
el peso, te está aguardando
un precipicio. *Juan.* No encuentro
un medio mas acertado,
que ofrecerme yo gustosa
al sacrificio, olvidando
mi riesgo, por evitar
que viva mi padre amado
en la desgracia. *Ines.* Muy pocas
hay que hicieran otro tanto.
Juan. No estimarán á sus padres
como yo. *Ines.* Escúchame: alabo
tu resolucion heroyca;
pero observo, sin embargo,
que es un poco temeraria.
Juan. Pero bien, en este caso
qué puedo hacer? dímelo.
Ines. Mi ingenio no alcanza á tanto;
pero lo que te aconsejo,
es que aguardes á mi hermano,
y él quizás podrá....

ESCENA XII.

Dichas, y Don Pedro.

Ped. Júanita,

qué has resuelto?
Juan. Padre amado,
bien conoceis que Don Gil....
Ped. Es un necio, un mentecato;
pero no tratamos de eso.
Unicamente te hago
presente mi situacion,
si quieres verme arruinado
para siempre, dímelo.
Juan. Señor....

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Gil.

Gil. No está el Escribano
en casa, pero vendrá
al instantito. En qué estamos,
se casa conmigo Juana,
ó no se casa? *Ines.* Veamos
si yo puedo convencerle.
Don Gil, si estais informado
de que no os tiene cariño,
no es capricho temerario
pretender una muger?....
Gil. Bastante me ha predicado
mi suegro. Mi tema no es
el que ella me dé la mano,
sino que cumpla su padre
el contrato que ha firmado.
Ines. Y que le arruina.
Gil. No importa.
Juan. Hombre brutal, hombre falto
de toda razon. Sabed
que os aborrezco, que no hallo
voces para ponderar
cuánto detesto los lazos
que me van á unir con vos:
pero sin embargo, amo
á mi padre mas que á mí;
y por no verle obligado
á pagar aquesa deuda,
desde luego os doy la mano.
Ped. Hija mia! *La abraza.*
Ines. Qué imprudencia! *ap.*
Gil. Sea por fuerza ó por grado,
haga yo que sea mi esposa,
que ya despues... *Ped.* Ha triunfado
en tí el amor paternal;
pero....

ESCENA XIV.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Señores, aguardo
que me deis buenas albricias.
Gil. Vaya, sigamos tratando
nuestro asunto. *Fern.* Sí señor.
Vos sois tan interesado
como yo en esta noticia.
Ines. Juana mia, no perdamos
las esperanzas. *Fern.* Ya os dije
que venia á un punto árduo.
Gil. Vaya, que esto nada importa.
En fin, si Juana ha pensado
ser mi esposa... *Fern.* De mi prima?
de ella propia es de quien hablo.
Gil. Vaya, que á esto no hay aguante.
Ines. Oid, no seais porfiado,
qué sirve le interrumpais,
sino os oye? *Gil.* Es porque estamos
perdiendo el tiempo de hablar.
Fern. Sudar? Vengo muy cansado:
he corrido todo el pueblo;
pero por fin he logrado
lo que queria. Mi prima
dije se habia enamorado
de un jovencito gracioso,
y que su tio empeñado....
Escuche usted lo que digo. *á Gil.*
Gil. Este hombre se ha dedicado
á estorbarme. *Fern.* Pues su tio
cedió por fin á los cargos
que yo le hice... Calla usted?
Ped. Voy á dar algun descanso
al dolor que me atormenta.
Fer. Dónde vá usted? me persuado
de que os interesareis
en mi dicha? *Ped.* A no ser tantos
mis tormentos, me riera,
al ver cómo sigue hablando
sin que le escuche ninguno.
Gil. Señor Sordo, en este rato
no os podemos escuchar.
Fern. No, señor; todo al contrario:
mi prima está muy contenta;
oigan ustedes el caso.
Gil. Paciencia!
Fern. Cuando logré

que á fuerza de muchos cargos
se convenciese mi tio,
quise pasar de contado
á ver al jóven gracioso
que pretendía su manó;
pero cuál fué mi placer
al punto que me informáron
de que es el mismo que anoche
me honró con tantos y tantos
favores!

Ped. Qué dice, qué?

Fern. Jamás hubiera pensado
tal ventura; permitidme
que os estreche entre mis brazos,
señor Don Gil Pimpinela.

Gil. Hombre, si yo no me llamo
Pimpinela.

Fern. Por qué huís?
Por cierto que es muy extraño
que rehuseis esta muestra
de mi cariño.

Gil. Qué diablos?
Señor, si yo no conozco
á esa prima, ni he pensado
hablar con ella.

Fern. Qué dice?
No sé por qué habla tan bajo.

Ines. Juana, qué enredo será este?

Juan. Con cuánta impaciencia aguardo
sus resultas!

Fern. Cómo es esto?
Nadie responde?

Gil. Es en vano
hablar con él. Vámonos.

Ped. No amigo, no es acertado
menospreciar su noticia.

Gil. Pero, señor, si está falto
de juicio. *Ped.* Este caballero
dice que nunca ha tratado
con vuestra prima.

Fern. No entiendo.

Gil. No lo digo yo? Es en vano.

Inès. Poné-selo por escrito
como anoche.

Ped. Bien pensado.

Gil. M ldito sea el sordo, amen.
Sin duda que ha sido el diablo
el que le trajo à esta casa. *Escribe.*
Vaya, lea.

Lee Fern. ,,No he tratado
,,ni conozco à vuestra prima.
,,ni ménos palabra he dado
,,à ninguna...." Cómo así?
Conque sois tan temerario
que faltais à la palabra?
Yo estoy muy bien informado,
y estraño mucho os negueis
á cumplir como hombre honrado
lo que una vez prometisteis.

Gil. Este hombre está espiritado:
vayan luego por el Cura
y conjúrenle.

Fern. No trato
de que os caseis. Os desprecio,
puesto que así habeis violado
las leyes de la razon.
Pero dadme de contado
las cartas que teneis de ella.

Gil. Tírenme un pistoletazo
por caridad. *Fern.* Sois indigno
de tener en vuestra mano
las firmas de una inocente
á quien habeis engañado.
Dádmelas.... pues los villetes
de Doña Clara Avendaño....

Gil. Doña Cla.... Cla.... cómo dice?

Fern. Deben ser muy estimados,
y no han de quedar con vos.
No me los dais? *Gil.* Si le hablo
no me entiende. Vayan señas
y voces. Que no me ha dado
carta ninguna. *Fern.* Qué dice,
qué no?.... Pues que sois hidalgo,
y ya me habeis desmentido,
tomad.... Con pistola en mano
Le da una.
espéro satisfaccion. *El dice que no.*
Rehusais venir al campo?
pues dadme vuestra cartera,
cobarde.... *Gil.* Vaya, yo me hallo
en un aprieto. *Ped.* Pues pide
tu cartera, yo no alcanzo
mas remedio que entregarla.

Gil. Pero.... *Ines.* No tengais reparo

en enseñarla. Quizás
se desengañe. *Fern.* No vamos?
Todos hablan, y no entiendo.
Maldito sea el cañonazo
que me privó del oido.
Señoritas, retiraos,
que pues no quiere seguirme,
esta sala será el campo
de batalla. *Ines.* Vámonos.
Gil. Por Dios esperad un rato.
Por dónde supo este hombre *ap.*
de Doña Clara Avendaño?
En fin, esa es mi cartera; *La saca.*
tomadla, á ver si acabamos.
Dios quiera que no la abra. *ap.*
Fer. Mirad aquí comprobado *Las sa-*
mi dicho. *Gil.* Tú pagarás *(ca.*
este lance. *Fern.* Pronto me hallo
á pagar lo que se os deba.
Gil. Ay, que me oye: qué milagro!
Fern. Milagro es, que haya tenido
paciencia para aguantaros.
Ped. Qué enigma es este?
Fern. Muy facil.
Don Pedro, yo soy Fernando,
amante de vuestra hija,
de quien quizás os ha hablado
vuestra hermana.
Ped. Ciertamente.
Quién tal hubiera pensado?
Pero por qué habeis fingido
la sordera? Por burlarnos?
Fern. Por una casualidad
feliz para mí: pensando
pedir la mano de Juana,
la he venido acompañando
hasta aquí con un amigo;
pero con tan gran cuidado,
que vuestra hija y mi hermana
nuestra venida ignoraron
mientras que duró el viage.
Ayer nosotros llegamos
poco ántes que ellas llegasen,
teniendo ya proyectado
estar en esta posada
con ustedes. No habia cuarto
ni cama para ninguno.
Me llevan este recado;
y á pesar de eso sostengo
que he de encontrar cama y cuarto,
sin que me den uno ni otro.
Duda mi amigo, le llamo
cobarde, él me llama loco;
y por último apostamos
treinta doblones. Entónces
os escribo de contado
el papel que recibisteis;
y como dice el adagio
que hay sordos de conveniencias,
yo lo fuí en este caso,
pues logré la conveniencia
de sentarme á vuestro lado
en la mesa, y quitar luego
al señor Don Gil el cuarto.
Gil Bien á mi costa lo sé.

ESCENA XV.

Dichos, y Don Antonio.

Ant. Y á la mia, pues que pago
el dinero de la apuesta.
Fern. Que no quiero perdonarlo,
pues ya ves que me hace falta
para los precisos gastos
de tu boda con mi hermana.
Ant. De ese modo yo los gano,
pues gano tanta ventura.
Ped. Conque teniais callado
que conociais al sordo?
Juan Era inútil informaros
de esta ficcion, pues estabais
comprometido. *Ped.* Yo alabo
dos cosas, tu disimulo,
y el amor que me has mostrado
en esta ocasion, cediendo
á mis instancias. Ya es claro
que nada debo pagar
al tio de este bizarro
caballero, pues Juanita
le hubiera dado la mano,
á no ser porque no puede
ser suyo habiendo tratado
su casamiento con otra.
Gil. Señores, por cuantos santos
hay en el cielo, os suplico
que no se hable mas del caso.

Tan solo por mi tontuna
me veo así abochornado;
pero... *Fern.* Si quereis que os dé
satisfaccion... *Gil.* No la aguardo,
ni ya vuelvo á hablar palabra;
porque si me habeis quitado
la cama, el cuarto y la novia,
podeis de un pistoletazo
quitarme tambien la vida.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Lucía y Blasa.

Luc. Señores, yo ahora me hallo
en la precision de hablar
con el señor. *Fern.* No hay reparo.
Blasa. Ay que no es sordo, señora.
Fer. No, á Dios gracias. Ya he cobrado
mi oido, oyendo lo que quise.
Luc. Pues ya está entendido el caso.
Conque á cuál de estas señoras
amais?
Fern. Son cuentos muy largos:
hablemos de nuestro almuerzo.
Luc. Pues para ese no he encontrado
todo lo que deseaba;
pero sin embargo traigo
lo mejor que hay en el pueblo.
Fern. Amigo mio, he mandado
disponer aqueste almuerzo
á tu costa.
Ant. Yo te alabo
ese gusto, y mucho mas
si con eso celebramos
nuestras bodas. *Fern.* Por la tuya
no creo que haya reparo,
pero la mia... *Ped.* Tambien,
hoy mismo se hará el contrato,
y estoy muy agradecido
de que así hayais libertado
á mi hija de vivir
con un necio. *Gil.* No, yo salgo
favorecido en un todo.
Fern. Mas sin embargo, quedamos
amigos. *Gil.* Sí, por el miedo
que os tengo; pero me marcho
ahora mismo á mi lugar.
Fern. Eso será en almorzando:
y aprended, señor Don Gil,
que si ahora os veis despreciado
por necio, quizás mañana
os vereis peor tratado
si no cumplís de otro modo
las palabras que hayais dado.
No hay cosa mas fea... *Ant.* Basta
de sermon; y pues miramos
cumplidos nuestros deseos,
razon será que aplaudamos
tu sordera, que fué causa
del placer que disfrutamos.

FIN.

VALENCIA,
EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1816.

SAYNETES, PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES, QUE SE HALLAN de venta en la dicha librería, por mayor y á la menuda.

1 *Amo y Criado, en la casa de vinos generosos.*
2 *Cada uno en su casa, y Dios en la de todos, ó no hay que fiar en vecinos aunque parezcan amigos.*
3 *Chirivitas el Yesero.*
4 *Donde las dan las toman, ó los zapateros y el renegado.*
5 *El Agente de sus negocios.*
6 *El Ciego por su provecho.*
7 *El Amigo de todos.*
8 *El Trampo'o.*
9 *El Escarmiento de estafadoras y desengaño de amantes.*
10 *El Tio Nayde, ó el escarmiento del indiano.*
11 *El Tonto Alcalde discreto.*
12 *El Examen de cortejos, y aprobacion para serlo.*
13 *El Tio Vigornia, ó el Herrador.*
14 *El Tio Chivarro.*
15 *El dia de loteria, primera parte.*
16 *El Chasco del Sillero, segunda.*
17 *El Señorito enamorado.*
18 *El Pleyto del Pastor.*
19 *El Sastre y su hijo.*
20 *El Secreto de dos, malo es de guardar.*
21 *El Zeloso.*
22 *El Fandango de Candil.*
23 *El Caballero de Sigüenza, Don Patricio Lúcas.*
24 *El Callejon de la Plaza mayor.*
25 *El Casado por fuerza.*
26 *El Casamiento desigual, y los Gutibambas y Mucibarrenas.*
27 *El Casero burlado.*
28 *El Castigo de la miseria.*
29 *El Novelero.*
30 *El Hidalgo de Barajas.*
31 *El Sopi ta cubilete, mágico.*
32 *El Chico y la Chica.*
33 *El page pedigüeño.*
34 *El Hidalgo consejero.*
35 *Los Ilustres Payos, ó Payos Ilustres.*
36 *El enfermo fugitivo, ó la geringa.*
37 *El Extremeño en Madrid, el pleyto del Extremeño, ó el Abogado fingido.*
38 *El Maniático.*
39 *El Marido sofocado.*
40 *El Abate y Albañil.*
41 *El Alcalde de la Aldea.*
42 *El Alcalde justiciero.*
43 *El Almacen de Criadas.*
44 *El Almacen de Novias.*
45 *El Caballero de Medina.*
46 *El Cochero y Monsiur Corneta.*
47 *El Perlático fingido.*
48 *El Gracioso Engaño creido del Duende fingido.*
49 *Herir por lo mismos filos.*
50 *Industria contra miseria, el Chispero.*
51 *Juan Juye, ó la Propietaria.*
52 *Juanito y Juanita.*
53 *Los Sies del Mayordomo Don Ciriteca.*
54 *Los Cortejos burlados.*
55 *Los Criados astutos y embrollos descubiertos.*
56 *La quinta esencia de la miseria.*
57 *Los Criados y el Enfermo.*
58 *La Cuenta de propios y arbitrios.*
59 *Los tres Novios imperfectos, sordo, tartamudo y tuerto.*
60 *La Casa de los Abates locos.*
61 *Los Novios espantados.*
62 *Los Gansos.*
63 *La Fantasma del Lugar.*
64 *Los Payos astutos.*
65 *La Madre é Hija embusteras.*
66 *La burla del Posadero, y castigo de la estafa.*
67 *Los Locos de mayor marca.*
68 *Los Locos de Sevilla.*
69 *Lo que puede el hambre.*
70 *La Lugareña astuta.*
71 *Los efectos de un cortejo, y criada vergonzosa.*
72 *Los Aspides.*
73 *La Astucia de la Alcarreña.*
74 *La Avaricia castigada, ó los Segundones.*
75 *Los Payos hechizados, Juanito y Juanita.*
7 77 *Manolo, primera y segunda parte.*
78 *No hay rato mejor que el de la Plaza mayor.*
79 *No hay que fiar en amigos.*
80 *Paca la sala a, y merienda de Horterillas.*
81 *Perico el empedrador, ó los Ciegos hipócritas.*
82 *El Caudal del Estudiante.*
83 *Las Pelucas de las damas.*
84 *La Embarazada ridicula.*
85 *La Madre y la Niña.*
86 *La Fiesta del Lugar en Navidad.*
87 *La Eleccion de Novios.*
88 *La Varita de virtudes.*
89 *Ama loca y Page lerdo.*
90 *Travesuras de un Barbero.*
91 *El Médico en el lugar, y la Sordera.*
92 *El Gato y la Montera.*
93 *Los Bandos del Avapies, y la venganza del Zurdillo.*
94 *El Botero.*
95 *Los Criados embrollistas.*
96 *Las Astucias desgraciadas.*
97 *El Pleyto de la Viuda.*
98 *El dichoso desengaño y el tesoro en el infierno.*
99 *Las Astucias conseguidas.*
100 *La burla del Pintor ciego.*
101 *El que la hace que la pague, y robo de la burra.*
102 *El Buñuelo.*
103 *Casarse con su enemigo.*
104 *Los Genios encontrados.*
105 *El Escarmiento sin daño, y la Paya madama.*
106 *El Chasco de las arracadas.*
107 *El Enredador chasqueado, ó el Biombo.*
108 *Las Chismosas.*
109 *Inesilla la de Pinto.*
110 *El Engaño descubierto.*
111 *El Avaro arrepentido.*
112 *Disimular para mejor su amor lograr, los criados simples, ó el Tordo.*
113 *El Hombre solo, y criado escarmentado.*
114 *Los dos Libritos.*
115 *Fuera.*
116 *El Payo de centinela.*
117 *El Payo de la carta.*
118 *Los Estudiantes petardistas.*
119 *La Hija embustera y la Madre mas que ella.*
120 *La astucia de una Criada.*

121 *La Boda de Don Patricio.*
122 *Los bellos Caprichos.*
123 *La Viuda singular.*
124 *La Vieja hipócrita.*
125 *Los Tunos perseguidos.*
126 *La Discreta y la Boba.*
127 *Los Accidentes de una fiesta.*
128 *El Alcalde proyectista.*
129 *El Triunfo de las Mugeres.*
130 *Las Besugueras.*
131 *El Hijito de vecino.*
132 *El Calderero y la vecindad.*
133 *La Estera.*
134 *El Remendon y la Prendera.*
135 *El Novio rifado.*
136 *La Liebre y la Rabia, ó la Venta.*
137 *Las dos Viuditas.*
138 139 140 141 *El Soldado Fanfarron.* Cuatro partes.
142 *Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero.*
143 *La inocente Dorotea.*
144 *La Maja majada.*
145 *El Burlador burlado.*
146 *El Gato.*
147 *La falsa Devota.*
148 *El Triunfo del interes.*
149 *Los Zapatos.*
150 *El No.*
151 *Los Maridos engañados y desengañados.*
152 *Zara.*
153 *La Oposicion á Cortejo.*
154 *La Presumida burlada.*
155 *El Careo de los Majos.*
156 157 *La variedad en la locura.* Dos partes.
158 *Los Palos deseados.*
159 *El Dormilon, ó Don Tadeo.*
160 *El Recibo del Page.*
161 *El Alcaide Toreador, ó el aprendiz de Torero.*
162 *El Amor abandonado, ó el Page despreciado.*
163 *Los Soldados de Recluta y cómicos en la sierra.*
164 *Las Calceteras.*
165 *Por apretar la clavija se suele romper la cuerda.*
166 *El Esquiléo.*
167 *El Tio Peregil, ó el Traga-balas.*
168 *El Cortejo fastidioso.*
169 *Los Hombres solos.*
170 *El Page de la obligacion.*
171 *El Dia de Cerreo.*
172 *La Cena de Carnaval.*
173 *El Si.*
174 *El Queso de Casilda.*
175 *Por engañar engañarse, y el Hostolero burlado.*
176 *El Fin del Pabo.*
177 *El Bayle desgraciado, ó el Maestro Pezuña.*
179 *El Disfráz venturoso.*
180 *Los dos Viejos, el uno llorando y el otro riendo.*
181 *El Cortejo escarmentado.*
182 *Los Viejos burlados.*
183 *El Hambriento de noche buena.*
184 *Las Castañeras picadas.*
185 *Los Novios aburridos.*
186 *Don Chicho.*
187 *El Recluta por fuerza.*
188 *Las Botellas del olvido.*
189 *El Dentista fingido.*
190 *El Gitano Canuto Mojarra.*
191 *La curiosa burlada.*
192 *El Chasco de los Cesteros.*
193 *El Majo escrupuloso.*
194 *La Estatua fingida.*
195 *El Café.*

PIEZAS EN UN ACTO.

23 A pícaro, pícaro y medio.
7 Areo Rey de Armenia.
2 y 3 Armida y Reinaldo. Dos partes.
4 Doña Inés de Cástro.
23 El Abate enredador.
8 El Amor constante.
24 El Atolondrado.
25 El Músico Manía.
19 El Dia de Campo.
15 El Esplin.
13 El Negro sensible.
26 El Traidor Tiñitas.
27 El Usurero burlado, ó la batalla fingida.
28 El Vellon de oro.
9 Hércules y Deyanira.
29 Hércules y Neso Centauro.
6 La Andrómaca.
30 La Buena esposa.
31 La Escocesa Lambrum.
10 La Familia indigente.
11 La Florentina.
32 La Librería.
21 La Pérdida de España.
20 La Raquél.
22 La Restauracion de España.
5 La Señorita displicente.
33 La Vieja enamorada.
1 Las Hermanas generosas.
16 Las Tramas de Garulla.
18 Los Amantes de Teruel.
12 Marco Antonio y Cleopatra.
14 Polixéna.
34 Safo.
17 Séneca y Paulina.
35 Telémaco en la Isla de Calipso.

UNIPERSONALES.

Abelardo, ó el amante de Heloisa.
Dido abandonada.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el Currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta amante de Teruel.
El Arnesto.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Domingo, ó el Cochero.
El Entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompe-galas, ó el Tiñoso sentenciado á azotes.
El Jóven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hannibal.
Idomenéo.
Perico el de los Palotes.
Pigmalion.
Saul.